

Guillermo Koenenkampf

Estampa del Belloto



LLI, en el quieto rincón de las quebradas, donde la loma se tiende, abajo, a descansar, tú te yergues, soberano aborigen de las florestas de Aconcagua, con la magnificencia de tu fronda verde. Nunca te alejas en demasía de la frescura idílica que escogiste; y cuando tu primo hermano, el peumo de corazón endurecido, te llama desde la media falda a que vayas a presidir allá arriba, sobre las lomas venteadas, las asambleas de los molles y de los boldos, tú, indiferente, le dejas subir, y te quedas junto al agua que te canta su canción. Corre el cascabelero estero acunado a tus pies, y en un remanso ves reflejarse, junto a las florecillas blancas del arrayán o a los cogollos renegridos de los maquis, tu poderoso tronco blanqueado por centurias. ¡Nada más majestuoso y risueño a la vez, ante la austeridad de las lomas pardas rasguñadas por el primitivo arado campesino, que tu estampa prócer, la que, ora se derrama en múltiples brazos robustos cada uno como troncos, u ora se alza, esbelta y fusiforme, como una esmaltada copa verde que se ofrece hacia los cielos!

Tú eres la paz y la alegría del labriego que en las caniculares horas de la siega baja a las aguadas, a colmar su calabaza barriguda, y el que, después de beber ahí mismo el agua que te refleja en éxtasis, sieste a un rato sobre el manto dorado de tus hojas, que le tiendes muellemente. Y si acaso el duro fruto de tus ramas, grande como el huevo de la perdiz, cae sobre él y le despierta, te lo agradece, y vuelve a trepar la loma, donde comienza refrescar la brisa salina del suroeste. Después, ya cosechados los trigos, en las ociosas jornadas del otoño, le ofrecerás aún, en holocausto generoso, tu propio cuerpo, para que fabrique de él la cóncava batea de la hembra, junto al estero próximo al rancho, bata sus faldas de percal y la gruesa «coton» del marido, con sus brazos lucientes y morenos. Y si los aguaceros empecinados del invierno a la sequía empedernida malogran los frutos de la cosecha, también un «tacho» de café preparado con tu propio fruto ayuda a calmar el hambre del campesino y le da fuerzas para aguardar la promesa lejana de otra recolección.

Aun, antaño, a los vecinos habitantes del litoral, le dabas tu más amplio madero, para que, tallado en condiciones marineras, te llevasen a conocer los mares, encorvados ellos sobre el remo, en tu ahuecado vientre, el que luego colmarían de peces y mariscos; y así, tú, inmóvil habitante de las quebradas adentro, cumplías una náutica misión aventurera. ¡Bendecido seas, árbol único de las tierras de Aconcagua!